

DISERTACION SOBRE EL ORIGEN DEL CALENDARIO JEROGLIFICO DE LOS MOSCAS.

Por José Domingo Duquesne. 1795.

2005 © arqueoastronomiacolombia.4t.com

<http://www.arqueoastronomiacolombia.4t.com>

El calendario de los moscas es una pieza original; los indios atribuían esta invención al Bochica su fundador, y sirve de prueba el haber fundado sobre esta misma idea toda su religión y todas sus costumbres, mirándole no solo como una tabla astronómica para el cómputo de los tiempos sino como un cuerpo de legislación de ritos y ceremonias para el gobierno de la nación. En efecto, el Bochica puso en planta su calendario en las tierras de que se posesionó, pero traía la idea de otra parte, y debemos pensar que la había recibido en aquella misma escuela en que cursaron juntos todos los hombres.

Nada hay tan natural como creer que los hijos de Noé extendidos en las vastas llanuras de Senaar, convinieron entre si en algunos reglamentos cómodos para medir el tiempo arreglando por ellos las operaciones de la labranza y los negocios de la sociedad. La medida más sencilla de que pudieron servirse fue la luna, así por sus revoluciones periódicas como por la notable diversidad de sus fases, a las cuales podían ligar sus diferentes ideas, para sus juntas, sacrificios, estaciones, teniendo todos en el cielo un libro publico por donde gobernarse con la mayor seguridad.

Yo no pienso en detenerme en probar una verdad que ya otros han establecido con sólidos fundamentos; pero que habiendo hallado los padres de todas las naciones reunidos por bastante tiempo bajo un jefe, en unos mismos intereses y ceremonias,

es constante que de esta misma fuente bebieron todos aquellos primeros elementos en que después se han visto convenir todos los pueblos del orbe.

Si conviniéramos en esta idea, daríamos una salida fácil a muchas cuestiones embarazosas que han atormentado los ingenios que se han querido fatigar voluntariamente. No habría necesidad de hacer paralelos entre los egipcios o los fenicios y los indios para buscar en aquellos como en su fuente los símbolos de que usaron éstos para hacerlos sus descendientes. No habría que buscar las libaciones, purificaciones y sacrificios ya entre estas gentes o las otras, para pretender que los indios habían copia-do de otros estas o semejantes costumbres.

Conviniendo en ciertos usos que fueron comunes a los primeros maestros del orbe, nos desembarazaríamos de estas dificultades. Entre tanto no pienso, como he dicho en detenerme en probar una verdad tan bien establecida, pero me serviré de ella para ilustrar el argumento que tratamos, por la cual se conocerá el fondo o política de estos primeros habitantes.

A la verdad todos recibieron de Noé las primeras lecciones de astronomía. Todos se conformaron en el gobierno del año, y al principio fue para todos el curso de la luna la regla general de los tiempos. Esta luna intercalar, tan necesaria para arreglar el movimiento de este astro con el sol, fue conocida de todas las naciones, y aunque se pueda pretender que debieron este conocimiento a sus propias posteriores observaciones, los calendarios de América prueban que no les fue desconocida a sus primeros pobladores, los cuales fueron al mismo tiempo más cuidadosos en conservar estos primeros elementos que los otros tal vez despreciaron.

Si cotejamos el calendario de los moscas con los que usaron las naciones del mundo antiguo, hallaremos que éste es una pieza original que en nada se les parece sin embargo de haber tenido todos un mismo principio. La idea no puede ser más singular, a excepción de la luna intercalar que es un principio

común sobre que ruedan todos. Qué artificio! Qué invención tan nueva y rara conservar sin añadir ni quitar ninguna luna, la adición de aquella luna tan extraordinaria que se les hizo dificultosa de entender con el tiempo a los otros, y que hubieron de abandonarla o confundirla con vergonzosa ignorancia aun aquellos pueblos que han sido reputados por más políticos y sagaces!. Cuántas veces perdieron el hilo! Cuántas pretendieron hallarlo de nuevo! Entre tanto los moscas usaron de las reglas de sus mayores por tantos siglos, sin tener que variar jamás el primer método que recibieron. Siempre lograron sus cosechas, siempre tuvieron bien conocidas sus respectivas estaciones, siempre Conservaron el orden de su cronología en aquella parte que necesitaron, y aun en toda la larga carrera de sus años se hubiera hallado arreglada tal vez de algún modo, si se hubiesen descubierto sus quipus que ocultaron, y en que llevaban una cuenta tan sencilla como segura en todos los negocios que consideraban de alguna importancia.

Si echamos una ojeada sobre el mundo antiguo, apenas se encontrara en toda la antigüedad cosa de significación más variada que el año. Casi no se puede creer que haya habido gentes que hayan tenido por año una luna, Si no fuese igualmente cierto que hubo quienes le tuvieron de un día solo. Los egipcios, según Plinio, tenían el año de una luna los arcades de cuatro Los indios habían ya logrado, por su plan de medir el tiempo, muchas Cosechas, cuando los caldeos, no se sabe como se gobernaban, ignorándose de qué manera computaban los padres de la astronomía. Pasando de aquellos tiempos más oscuros a otros más conocidos, los romanos desde su primera fundación nos presentan un calendario de diez meses muy artificioso; no hay cosa mas especiosa que su primera fachada: las calendas, las nonas, los idus, son unos nombres de mucha idea, pero qué importa si le dejaron en la parte sustancial tan imperfecto, que el pueblo mismo, según dice Macrobio, añadía al fin de los diez meses, tantos números de días cuantos eran menester para que el principio del año coincidiese con la primavera, sin dar a este tiempo nombre especial de mes, lo que puso a Numa en la necesidad de

ajustarlo. Con todo, o por defecto de cálculo o por política, quedo tan defectuoso, que fue preciso que Julio César basase el año sobre un plan enteramente nuevo, que es el que nosotros hemos adoptado.

En orden a los hebreos no se sabe qué género de año usaron en los tiempos antiquísimos; creen algunos que hayan sido solares. Según los diferentes estados del miserable pueblo, unas veces siguieron a los egipcios, otras a los caldeos y a los persas, y finalmente a los griegos. Estos se gobernaban para el año por el sol y por la luna para los meses. En los libros de Moisés, solo un mes, que es Abib, se designa con su propio nombre, los demás tienen el de primero, segundo, etc.

Cuando este pueblo se halló en su libertad, uso de años de doce lunas y al tercero de trece. Este plan nos recuerda la primera forma de aquellos años antiguos del tiempo de Noé, cuya tradición es muy natural que guardasen. Como quiera que sea, los moscas, entre todas las gentes no tuvieron alteraciones ni variaciones en el gobierno del año; su fundador lo arregló sobre el pie que recibieron de los hijos de Noé todos los hombres cuando la tierra era de un solo labio; y cuando tuvo una lengua distinta la acomodó según sus ideas y el genio de su idioma, en los términos en que lo hemos explicado, dándole

tanta regularidad, y tomando tantas precauciones, que aseguro su perpetuidad por largos siglos entre sus hijos; estos contribuyeron, por su parte, a su conservación; pero, convertida la observancia en superstición, y entendiendo siniestramente la doctrina de su legislador, mancharon con feos borrones una de las piezas más finas y memorables que nos han quedado de aquella respetable antigüedad.

Los jeroglíficos tuvieron a mi ver el mismo principio que los calendarios: los egipcios cultivaron con tanto empeño los símbolos, que han pasado por inventores de ellos, entre muchos eruditos. Los monumentos faraónicos que ellos levantaron en los tiempos de su mayor opulencia, contribuyeron en una gran parte a ponerlos en posesión de

esta gloria. Pero si atendemos al uso que hicieron los indios de los caracteres y pinturas simbólicas, nos veremos precisados a darles un origen más antiguo, y le habremos de buscar entre los primeros hombres; éstos, así como escogieron la luna para medir por ella los tiempos, señalaron también sus fases con ciertas figuras alusivas a las facciones humanas, las cuales fueron, en mi modo de pensar, el fundamento no solo de todos los símbolos sino de todas las letras. Así como con el curso de la escritura fueron declinando los rasgos de la pluma o del estilo hacia unas u otras formas, de la misma manera vario el pincel las líneas de los jeroglíficos, según el genio y gusto de las gentes.

Si se cotejan los jeroglíficos y cifras de los moscas ya con los signos de los meses de los egipcios, ya con varias letras asiáticas, se hallará toda la conformidad y analogía que es necesaria para establecer este pensamiento: Libra es una oreja, como la de ubchihica; Leo y Pisis, son el mica y muhica de los indios, y así de otros. La medheoris, yet, thet, siriaco y muchas otras letras asiáticas tienen una grande afinidad con estos caracteres. Yo no decido sobre estas materias, someto mi juicio al de los eruditos, y me contento solo con este pequeño descubrimiento, que si merece la aprobación de los doctos, podrá contribuir de algún modo o dar alguna mayor luz a varios lugares oscuros de la historia.

José Domingo Duquesne de la Madrid. Manuscrito. 1795.

2005 © arqueoastronomiacolombia.4t.com



<http://www.arqueoastronomiacolombia.4t.com>